

SOY UVA

Hermosamente redonda, orgullosa en mi descaro, en el desparpajo de mi cuerpo morado. No es el rubor de la vergüenza, ni el morado de un enfado, ni el de una palabra pronunciada a destiempo.

Simplemente: es el morado perfecto.

Jugosa, me derrito en tu boca si, cual sibarita, me saboreas.

Apretujadas estamos mis compañeras y yo. A la derecha un racimo más grande que el nuestro nos saluda con cortesía, no en vano todas compartimos la misma parra.

Sin embargo, el izquierdo no nos mira de frente y sus uvas se regodean y nos ignoran dándonos la espalda con ese desdén, con esa soberbia, la soberbia de quien no desea creer en lo efímero de la juventud.

-¡Qué tontería!- Pensé para mis adentros.- Uvas todas somos y al mismo sitio iremos.

Las nubes blancas arriba se mueven y acompañan al sol que, distraído, nos acaricia de cuando en cuando.

La arena negra, picuda nos acoge con cariño aguardando caer en sus brazos y luego en los del campesino.

Sí. Soy uva.

Mi tiempo aprovecho. Miro las montañas, acompañantes incondicionales, ellas me han visto crecer. El cielo hoy me sonrío con un azul inmaculado. Las lagartijas, dichosas ellas, se tuestan al sol y se pasean por mi lado....

Yo soy morada, aquéllas a lo lejos son más verdosas,...todas uvas.

La angustia y el recelo se apoderan de nosotras: llegó el momento, la vendimia comienza.

Con maestría certera y delicadeza en el gesto, los racimos van cayendo cuanto las tijeras los cortan separándolos para siempre de las parras.

Ya llegan donde yo estoy, ya llegan las tijeras, mas qué raro, no siento miedo.

-¿Cómo vamos, compañero?- Oí una voz.

-Bien. Sigamos que el tiempo apremia y aún quedan muchos racimos.- Le contestó el otro hombre sin dejar de podar.

- Todo sea por el buen vino.

Y entonces me di cuenta. Supe cuál era mi destino y el de todas mis compañeras: formar parte de algo maravilloso, la elaboración de un excelente vino. Hinchida de satisfacción, pensé que yo formaba parte del principio de la cadena.

Me alegré.

La arena, el sol, el zoco que me había “aguarecido” hasta ese momento. Mis días allí habían concluido. Ahora debía continuar con mi función.

Me exprimieron con tesón, entre risas y alegría, como deben hacerse las cosas y, sobre todo, como debe hacerse el mejor de los vinos y yo contribuí dando todo lo que llevaba dentro.

Pasé largo tiempo en las barricas y, por fin, llegó mi oportunidad.

Siempre recordaré el día que me embotellaron, extraña sensación. Yo era una minúscula gotita, junto con las demás, llenamos la botella hasta lo más alto.

Tiempo después, el corcho salió y una mano experta nos escanció en una gran copa.

Recordé las gotas del sereno cayendo en las hojas de la parra en las mañanas frías convirtiéndose en diamantes brillantes al atardecer.

Recordé la arena caliente pretendiendo alcanzarme, ahora ya no podía.

El vaso se inclinó y nos deslizamos suavemente, muy suavemente...

-Buen vino, sí señor.

...y me sentí orgullosa.